

La diversión ordenada á Vinoy, á pesar de ser considerada como inútil á causa del retraso impuesto á la operación principal, tuvo efecto el 29 de noviembre: los combates del Hay y de la Gare-aux-Bœufs costaron á los franceses 990 hombres contra 142 bajas del enemigo. Era pagar muy cara una simple demostración. Los serios combates de Montmesly y Epinay, librados al mismo tiempo que la batalla de Villiers, el 30 de noviembre, eran también demostraciones accesorias en el plan del Estado mayor. Sin embargo, en Montmesly, los franceses tuvieron 1.236 hombres fuera de combate, y Henrión perdió 308 en la toma de Epinay.

Los franceses, en número de 55.200, lucharon en Villiers contra 45.600 alemanes fuertemente atrinchera- dos; después de muchos actos de heroísmo individual, sus esfuerzos se estrellaron contra el parque del casti- llo, rodeado de muros y transformado en verdadera fortaleza. Quedaban, sin embargo, dueños del campo de batalla, cubierto de 4.000 de los suyos, entre muertos y heridos. El valiente general Renault era uno de los muertos. Los alemanes no habían perdido más que 1.715 hombres. Ducrot arrojó varias veces la muerte con temerario arrojo, sin que le hiriese ninguna de las balas que, como lluvia de fuego, derribaban en torno suyo á sus oficiales y ayudantes.

La jornada del 1.º de diciembre fué consagrada, de común acuerdo, al descanso de los vivos y al entierro de los muertos. En la noche del 1.º al 2 de diciembre, la temperatura descendió á 10 grados bajo cero y los franceses, que, en la previsión de una marcha forzada, no se habían provisto de tiendas ni de mantas, sufrieron cruelmente del frío.

Habían acabado de ceder al sueño, cuando fueron bruscamente atacados, al despuntar el día, por los alemanes, en número de 62.000, que los desalojaron por lo pronto de gran parte de las casas de Champigny. La segunda batalla del Marne ha conservado el nombre de este pueblo, donde los franceses perdieron cerca de 6.000 hombres y tuvieron fuera de combate 429 oficiales.

Ducrot, después de pasar revista á sus divisiones, á sus brigadas y á sus regimientos diezmos, después de haberse hecho cargo de la fatiga de los hombres y de la imposibilidad de renovar la lucha, ordenó la retirada. El 2 de diciembre, al anochecer, el ejército se retiró detrás del Marne, sin que el enemigo, que había perdido 6.172 hombres en las dos batallas, sospechase de pronto su marcha, ni pensase luego en molestarlo.

Después de los combates de Villiers y Champigny, quedaba en salvo el honor y se podía negociar la paz sin la vergüenza de Sedán y de Metz. Después del inmenso esfuerzo realizado en los días 30 de noviembre y 2 de diciembre, Ducrot era de opinión de escuchar las proposiciones del enemigo, proposiciones formula- das en la inesperada forma de una carta del general Moltke al general Trochu anunciando, en 5 de diciembre, la recuperación de Orleans por los alemanes y ofre- ciendo al gobernador de París un salvoconducto para uno de sus oficiales que podría comprobar la noticia.

Trochu rehusó la proposición porque la derrota de Orleans, dándola por cierta, en nada cambiaba las con- diciones de la defensa de París. Su contestación, corta y digna, fijóse en las esquinas de la capital y produjo

gran efecto. Desgraciadamente era más propia para au- mentar que para disminuir las tenaces ilusiones de los parisienses. Se necesitaba todo el apasionamiento polí- tico de la *Comisión informadora* y todos los rencores personales del conde Darú, para reprochar al general Trochu el haber obedecido aquel día, como en 5 de no- viembre anterior, más bien á un sentimiento de honor militar que á un sentimiento político.

Las condiciones de la lucha empeoraron á causa de los rigores de la temperatura y porque los dos comba- tes librados el 21 de diciembre al Norte y al Sur de Pa- rís, en el Bourget y en Ville-Evrard, probaron la impo- tencia de la defensa militar. La acción de Ville-Evrard, en que fué muerto el general Blaise, no era más que una diversión destinada á facilitar el movimiento inten- tado al Nordeste. Las tres brigadas que tomaron parte en la acción del Bourget perdieron cerca de mil hom- bres durante el combate y más de 900 en la noche si- guiente. El general Trochu había creído poder mante- ner sus tropas en sus acantonamientos exteriores, desde el 21 hasta el 24 de diciembre; el descenso de la tem- peratura, que causaba más estragos que el fuego del enemigo, hizo desistir de aquel propósito, y entraron en París 20.000 franceses sin herida alguna, pero anémicos y sin que ya jamás hubiesen de recobrar la salud. No es, pues, de extrañar que el estado mayor, al atravesar las líneas francesas, fuese acogido con estos gritos de desesperación y de súplica: «¡La paz!, ¡la paz!, ¡quere- mos la paz!»

Los prusianos habían instalado en las posiciones que dominaban el monte Avrón 76 cañones de gran alcan- ce cuyos fuegos convergentes hacían insostenible la si- tuación de las baterías francesas. En vez de exponer estas baterías á una destrucción fatal y sus artilleros á una muerte tan segura como inútil para la defensa, el general Trochu dió orden de evacuar la meseta de Avrón, operación que se llevó á efecto en la noche del 28 al 29 de diciembre, bajo las órdenes del general Stoffel, sin pérdida de un solo cañón.

La instalación de las nuevas baterías prusianas que determinara la evacuación de la meseta por los franceses anunciaba la llegada del material necesario para el bom- bardeo. Este empezó, efectivamente, el 5 de enero para continuar hasta el 26: sus resultados fueron mediocres y sin influencia alguna en el resultado del sitio. Sufrie- ron daño algunos monumentos públicos y sucumbieron inofensivos transeuntes, entre los cuales se contaron mujeres y niños; pero la inmensidad de los espacios va- cíos hizo que resultase poco mortífera una operación que toda Alemania reclamaba apasionadamente y cuyas consecuencias decisivas descontaban de antemano los mismos jefes del ejército enemigo. La resistencia no había de cesar al último cañonazo, sino al último peda- zo de pan.

Después de las batallas del Marne, los tres ejércitos parisienses habían sido fusionados en dos. Utilizadas más pronto, estas fuerzas hubieran podido prestar exce- lentes servicios.

En 31 de diciembre los miembros del gobierno de la defensa nacional habían celebrado, en presencia de los generales del ejército y de la marina señores Ducrot, Vinoy, Frébault, Chabaud-Latour, La Ronciere-le-Nou- ry, Pothuau, Guiod, Bellemare, Noel, Clemente Tho-

más, Schmitz y otros, una especie de gran consejo de gobierno en que se había proclamado la necesidad de una nueva acción militar. El agotamiento de víveres no permitía ya á los sitiados más que unos cuantos días de resistencia, y acordóse, en principio, jugar la última carta en enero.

A principios de este mes, celebráronse varios conse- jos en que se discutió la manera de atacar al enemigo en tan suprema acción. La mayoría se pronunció por un ataque hacia el Oeste, contra Buzenval, donde los alemanes, para proteger á Versalles, habían emprendido, desde el combate de la Malmaison, formidables obras. Fijóse la acción para el 19 de enero. En ella habían de tomar parte diez y nueve regimientos de infantería, treinta y dos batallones de guardias móviles y diez y nueve re- gimientos de guardia nacional movilizada, con un total de 84.000 hombres, divididos en tres cuerpos, la izquierda mandada por Vinoy, el centro por Bellemare y la derecha por Ducrot. El mando superior pertenecía á Trochu que había de dirigir las operaciones desde el Monte Valeriano.

Las órdenes de marcha se dieron tan mal que el cuerpo de Vinoy fué el único que llegó al sitio del com- bate á la hora convenida, ó sea á las siete de la mañana; el cuerpo de Bellemare no llegó hasta las nueve y el de Ducrot á las once y media. Como siempre, el primer ataque fué favorable á los franceses, cuyas columnas tomaron vivamente Saint-Cloud y llegaron hasta Gar- ches, pero les fué imposible apoderarse de las defensas que protegían el cercado de la *Bergerie*, donde el ene- migo había concentrado el grueso de sus fuerzas. Lle- gada la noche, no fué posible dormir sobre las posicio- nes ocupadas, como en Villiers, pues las tropas regula- res, extenuadas por las fatigas de diciembre, valían menos y la guardia nacional, mezclada con la tropa, no le ha- bía dado más fuerza ni más consistencia. Algunos regi- mientos se habían batido bien; otros, en la bruma de la mañana, habían cometido tremendos errores y tirado contra los franceses; todos habían agotado sus fuerzas. Era imprudente esperar el ataque en las alturas que habían ocupado. Para evitar un desastre, Trochu orde- nó la retirada á las cinco y media de la tarde. Operóse con desorden y en algunos puntos se convirtió en des- bandada. Los franceses dejaron 4.000 muertos en este último campo de batalla: las balas alemanas habían atravesado el pecho al explorador Gustavo Lambert y al pintor Enrique Regnault.

La cuestión quedaba zanjada en Buzenval; la impo- sibilidad de un nuevo esfuerzo fué demostrada, el 22 de enero, en la reunión del ministerio de Instrucción pú- blica. Al día siguiente, Julio Favre fué á Versalles con el objeto de negociar la capitulación, sin que de pronto se le ocurriera, en medio del desorden que reinaba, hacer que se le agregase un oficial general para discu- tir con el estado mayor alemán las cuestiones militares. El general Beaufort-d'Hautpoul, por quien se hizo acom- pañar al cabo de cuatro días, mostró tanta tiesura en presencia del enemigo que hubo que reemplazarlo por el general Valdán. Era éste un excelente oficial, pero no había mandado en jefe y carecía por tanto de la au- toridad que hubieran revestido Ducrot ó Trochu, so- bre todo este último, á quien incumbía aquella penosa misión. Si él la hubiese desempeñado, quizá se hubie-

ran evitados las graves faltas militares de Julio Favre.

Las condiciones impuestas á París, reducido á capi- tular, hubieran podido ser más duras de lo que fueron. El desarme del ejército regular y la toma de posesión de los fuertes eran inevitables. Si los oficiales no fueron hechos prisioneros de guerra, si la guardia nacional con- servó sus armas, si la cuestión de la entrada de los ven- cedores en París fué aplazada, si la indemnización de guerra de la capital no excedió de 200 millones, fué porque Bismarck quería á un mismo tiempo concluir la negociación respecto á París y respecto á las provincias. Un armisticio relativo á París y al resto de Francia, y sobre todo un armisticio que no había de ser efectivo hasta el 31 de enero, tres días después de la firma del acta diplomática, permitía á los alemanes destruir el ejército del Este y les aseguraba la paz, aquella paz que la Alemania victoriosa deseaba con más impaciencia que la Francia vencida.

IV

Los hechos demostraron la falta irreparable que el gobierno de la defensa nacional había cometido en- cerrándose en París. Todo él debió trasladarse á Tours, en vez de enviar allí una simple delegación. Formaron ésta, al principio, los ancianos Cremieux y Glais-Bizoin, á quienes se quiso evitar los sufrimientos del sitio, y el ministro de la Marina, almirante Fourichón. Cremieux era un gran abogado y la historia no puede menos de ser indulgente por el hombre que, después de la guerra, aportó 100.000 francos para la liberación del territorio; pero hay que reconocer que cedió al peso que las cir- cunstancias habían echado sobre sus débiles hombros. Glais-Bizoin desempeñó en Tours un papel indeterminado y de escaso lucimiento. Agitóse mucho y prestó pocos servicios á la defensa nacional. El almirante Fourichón no hizo ni dejó hacer nada; creyó que, en aque- lla espantosa crisis, se podía salvar á Francia con los procedimientos rutinarios, estuvo siempre en desacuer- do con Cremieux y Glais-Bizoin y contestó á todas las proposiciones de éstos ofreciendo su dimisión.

Tal era el triunvirato, tan honrado como deficiente, que la imprevisión del gobierno de París había puesto al frente de la Francia provincial, sin poder ejercer sobre él una acción seria y continua, puesto que la línea del Oeste fué cortada el 17, la capital quedó envuelta por el enemigo el 19 y la transmisión regular de los te- legramas por el cable cesó de efectuarse á partir del 29 de septiembre.

Exceptuando á Lyon, donde la proclamación de la República se había adelantado á los acontecimientos de París, exceptuando también á Burdeos y á Marsella, donde dicha proclamación se había efectuado al mismo tiempo que en París, las provincias habían sabido á la vez la catástrofe de Sedán y la caída del Imperio. Aque- lla catástrofe, harto esperada, había producido una es- pecie de doloroso estupor; la proclamación de la Repú- blica fué acogida con alguna incredulidad en las ciuda- des y con una indiferencia casi completa en las pobla- ciones rurales. En medio de esta general indiferencia llegó, diez días después, la delegación del gobierno, que salía de la caldeada atmósfera de París.

Cremieux reunía bajo su dirección el ministerio de

la Justicia, que desempeñaba en propiedad, y los del Interior, Negocios extranjeros, Hacienda, Comercio y Agricultura, Obras públicas e Instrucción pública, que regentaba por delegación. Fourichón tenía á su cargo las carteras de Guerra y Marina, y Glais-Bizoin no tenía á su cargo cartera alguna. De los numerosos ministerios que dirigía Cremieux, había dos que le escapaban en absoluto, el del Interior y el de Negocios extranjeros, porque estos dos importantes servicios tenían al frente, el primero á Clemente Laurier, y el segundo á Chaudordy, hombres que inspiraban una confianza justificada á sus respectivos ministros Gambetta y Julio Favre, que permanecían en París.

Dichos auxiliares y algunos otros en número de unos quince asistían á los consejos de la delegación con voz consultiva. Calcúlase lo que podían ser estos consejos presididos por Cremieux. Con tener tantas cabezas, aquel gobierno carecía de aliento y de vida y sus actos acusaban el desorden más completo. Cremieux y Laurier telegrafiaron confidencialmente á Gambetta proponiendo que se diese voto á Steenackers, director de Correos y Telégrafos, y al mismo Laurier, á fin de evitar que el consejo perdiese el tiempo «en estúpidas querrelas intestinas.» Lo propuesto no era una solución y Gambetta contestó: «Los delegados del gobierno no pueden tomar nuevos miembros fuera de su seno.» Pero la información no cayó en saco roto, y se acordó *reforzar* la delegación agregándole un miembro del gobierno de París.

La cuestión más grave que la delegación tuvo que tratar, desde el 13 de septiembre hasta el 9 de octubre, fué la de las elecciones para los consejos municipales y para la Constituyente. Las primeras habían sido fijadas por el gobierno de París para el 25 de septiembre y las segundas para el 9 de octubre, pero la entrevista de Ferrieres y las resistencias de la delegación hicieron cambiar de proyecto, y ya hemos visto el resultado de las elecciones para la Asamblea nacional.

La disolución de los consejos municipales fué una falta, porque, en la inmensa mayoría de los pueblos, no había dos personales municipales, uno monárquico y otro republicano, y porque el nombramiento de los alcaldes por el gobierno bastaba para asegurar la acción gubernamental. El aplazamiento de las elecciones municipales para el 25 de septiembre y el de las elecciones políticas para el 9 de octubre fué otra falta que tuvo graves consecuencias, pues cambió el modo de ser de la Defensa nacional, contribuyó á su fracaso y preparó las circunstancias desfavorables en que fueron firmados la amnistía y los preliminares de paz. La delegación tuvo su responsabilidad, si no en el aplazamiento definitivo, al menos en el primitivo aplazamiento de 24 de septiembre. Los prefectos, designados el 4 de septiembre y días siguientes por Gambetta, informaron inexactamente, primero al ministro y á la Delegación después, sobre las disposiciones del país; no comprendieron que la declaración de guerra y las grandes derrotas de agosto y septiembre habían enajenado la masa electoral al Imperio; creyeron que los bonapartistas habían conservado su influencia y su prestigio en las poblaciones rurales; se figuraron que unos poderes electivos, viciados por la candidatura oficial, obtendrían el favor de los electores como en los buenos tiempos de

dicha candidatura, y comunicaron sus temores, absolutamente quiméricos, á los miembros de la Delegación; el más grave de sus errores consistió en no comprender la autoridad que el gobierno, nacido de una insurrección, podía y debía recibir del sufragio universal.

Los hombres de la Delegación eran demasiado pequeños y demasiado viejos para levantar el espíritu público al grado de energía que exigían las circunstancias.

Gambetta salió en globo de París con la doble misión de poner fin á la anarquía gubernamental de Tours y suspender toda elección hasta después de la guerra. A partir de aquel momento, la cuestión de las elecciones se convirtió en un arma peligrosa y hábilmente manejada por los adversarios de la República.

La llegada del ministro del Interior en globo exaltó vivamente la imaginación popular. Hombre nuevo y de origen revolucionario, llamaba de tal modo la atención que toda Francia tenía puestos en él los ojos. ¿Por qué no convocar los comicios y encargar al sufragio universal que legitimase al joven dictador?

Porque fué dictador, pero sin la consagración popular, y basta echar una mirada á la situación de Francia para comprender que nunca fué tan necesaria la concentración del poder. Era de temer una separación del Oeste, del Sudoeste y del Sudeste de Francia, en que se habían formado *Ligas* que escapaban enteramente á la acción del débil poder que residía en Tours. El desorden moral reinaba en todas partes, como lo revelaban las múltiples arbitrariedades de los prefectos de la Defensa nacional, y el desorden material se hallaba particularmente concentrado en Lyon y Marsella. En Lyon, minado por las sociedades secretas, la energía y la habilidad de Challemel-Lacour lo había contenido casi del todo; pero en Marsella la tolerancia de Esquirós le había dejado libre carrera. A raíz de la revolución del 4 de septiembre, se había constituido en esta última ciudad un Comité de salud pública en substitución de la Comisión municipal, á la cual el último prefecto del Imperio había encargado la administración de Marsella, y el propio Comité se había visto dominado por una guardia cívica que se había instalado en la prefectura. Enviado como administrador superior de la ciudad, Esquirós apoyó de pronto en los miembros del Comité de salud pública, señores Labadié, Rouvier, Naquet, Delpech y Baume, pero sin conseguir quitar la prefectura á los guardias cívicos, á quienes dirigían los jefes de la Internacional, Matherón, Etienne y Gavard. Cediendo á la presión de los exaltados, Esquirós refrendó todos los ataques á la propiedad, á la libertad individual y á la libertad de imprenta que le impusieron los guardias cívicos y fué uno de los propagandistas más activos de la *Liga del Mediodía*; liga fundada el 18 de septiembre en Marsella con el concurso de los delegados revolucionarios de Lyon, que tenía por objeto aparente la defensa de la República y que abarcó trece departamentos del Sudeste. En realidad, los individuos de la liga debían preparar las elecciones municipales y legislativas y designar á Esquirós los funcionarios sospechosos en los trece departamentos federados. La Delegación de Tours no supo oponer á esta situación anárquica del Mediodía más que los telegramas lastimeros del ministro de la Justicia: «¡Oh, marseleses míos, mis

republicanos modelos, ¿cómo comprendéis los destinos que queréis preparar á la República?»

Los comprendían como Cluseret y Bakounine en Lyon, que se ponían al frente de los batallones insurrectos contra los batallones del orden; como Duportal en Tolosa, que contestó con el siguiente telegrama á la Delegación de Tours que le había pedido la dimisión: «Que venga á buscarla aquel de vosotros que haya hecho un solo día de cárcel por la República;» como Pedro Baragnón en Niza, que tranquilizaba al gobierno central en estos términos, sobre la seguridad de la frontera italiana: «Estad tranquilos; si violan la frontera, tomo como garantía el territorio de Mónaco.» Esa idea de los deberes de un prefecto no era mucho más extraña que la que el guarda sellos se tenía formada de los suyos, como ministro encargado de los Negocios extranjeros, el cual dijo en su primera proclama á los franceses: «La unión, la concordia entre todos los ciudadanos, tal es el primer punto contra el enemigo común, contra Europa.»

En la noche del 9 de octubre, Gambetta llegó á Tours, á aquel singularísimo centro gubernamental, en que se agitaba una población cosmopolita, en que los paisanos se codeaban con los soldados y los aventureros con los funcionarios públicos, en que los cuerpos francos, con sus uniformes pintorescos ó ridículos, habían hecho aquel mismo día un entusiasta recibimiento á Garibaldi.

En una circular á los prefectos, Gambetta les había dicho inmediatamente después de la constitución del gobierno del 4 de septiembre: «Ante todo la defensa del país...; aplazad autoritariamente todo lo que no esté relacionado con la defensa nacional ó pudiese estorbarla.» En Tours y más tarde en Burdeos, como en París, el gran patriota mostróse fiel á este programa. Había salido de París, acompañado de Spuller, el día 7 de octubre, por la mañana, en el globo *Armando Barbés*, que pasó por encima de las líneas prusianas, fué alcanzado por las balas enemigas y cayó cerca de Montdidier. Aquella misma noche, Gambetta salió para Amiéns, al día siguiente para Ruán y llegó el 9 á Tours, como ya hemos dicho. No tuvo más que una frase para las masas en que aún vibra el entusiasmo de la recepción hecha á Garibaldi. «No es hora ya de manifestaciones. ¡A trabajar y á combatir!» Predicó con el ejemplo, lanzó la primera de aquellas bellas proclamas que iban á electrizar á Francia, y el 10 de octubre, después de una reunión con sus colegas en que se hizo confirmar el doble título de ministro de la Guerra y ministro del Interior, emprendió su obra propia, la salvación de la patria, más atento á su liberación que á su administración y más preocupado del enemigo de fuera, ó sea el prusiano, que del enemigo de dentro, es decir, el revolucionario.

Contra este último, la acción de Gambetta, unas veces hábil y otras brusca, no tardó en dar felices resultados. Marc-Dufraisse reparó, en los Alpes marítimos, el mal causado por Pedro Baragnón, y Gent, el viejo republicano de 1848, arriesgó su vida, pero consiguió desembarazar la prefectura de Marsella de sus famosos guardias cívicos, con los cuales había temporizado Esquirós. En 12 de octubre se envió á Challemel-Lacour la orden de poner en libertad al general Mazure,

prisionero de la insurrección, y el mismo día pronunció por decreto la disolución de la guardia cívica de Marsella. Dos días después, el ministro del Interior telegrafió á Esquirós, su antiguo colega de la diputación marselesina: «La firmeza no tiene nada de común con la arbitrariedad.» El 22 de octubre, recomendó al prefecto de Chaumont, hermano de su amigo más querido, Spuller, que se guardase bien de atentar á la libertad de las personas, y, el 3 de noviembre, negóse, en nombre del gobierno, á reconocer los pretendidos grupos políticos, como la *Liga del Mediodía*, que no tendían sino á ejercer el poder ejecutivo. Su conducta y la de sus colegas respecto á la prensa se resumen en dos palabras: libertad completa. De esta tolerancia únicamente exceptúa á los periódicos cuya polémica comprometa, en su concepto, la defensa nacional.

Las medidas tomadas contra los pretendientes ó contra las notabilidades del partido bonapartista, la revocación de algunos funcionarios y sobre todo la disolución de los consejos generales valieron amargas censuras al joven ministro. Pero el estado de guerra ¿no justifica esos actos? Lo sorprendente es que Gambetta pudiese hacer lo que hizo, en medio de la desorganización y la atonía en que encontró á Francia, sin recurrir más á menudo á medidas excepcionales.

En 8 de diciembre, acordóse el traslado de la residencia de la Delegación de Tours á Burdeos; pero al ministro de la Guerra se le vió con tanta frecuencia en Besanzón, en el Mans, en Bourges, en Lyon, en Laval ó en Lille como en Burdeos ó en Tours, pues quería encontrarse cerca de los campos de batalla y sabía que tras sí dejaba dos lugartenientes identificados con él y á quienes había animado con todo su patriótico ardor, si no con todas sus esperanzas: éstos eran Laurier y Freycinet. Para Gambetta pasaron los días y los meses en medio de aquellas visitas á los ejércitos, de aquellos trabajos sobrehumanos, de aquellas angustias patrióticas con tanta frecuencia renovadas, y el 1.º de enero le cogió en Burdeos. En contestación á los homenajes y á las aclamaciones de todo un pueblo, que había acudido á la prefectura para saludarlo y pedirle razones de esperar, pronunció una arenga que de nuevo hizo renacer la confianza en todos los corazones. Su política no cambió en aquellos últimos días, tan penosos y tan tristes, de la Delegación. Hasta lo último cumplió con su deber y llenó su misión; hasta lo último dijo á todo el mundo: «¡Animo, energía por la República y por la Francia!» Si para Francia hubiese habido salvación posible, la hubiera salvado aquel tribuno de treinta y dos años.

El juicio formulado por Gambetta sobre sus colaboradores y auxiliares de la Defensa nacional revela una perspicacia y una imparcialidad extraordinarias. No perdona á sus amigos más fieles cuando se equivocan y los conduce al buen camino cuando se extravían. La confianza depositada en Freycinet fué completa, á pesar de las repugnancias de los republicanos puros. Señaló como un gran acto de patriotismo el apasionado ardor con que Steenackers atendió al servicio de comunicaciones, y, sin embargo, se negó á recompensarlo con la cruz de la Legión de honor, porque ésta había sido abolida para los servicios civiles y sobre todo porque Steenackers era amigo suyo. Tuvo vivos altercados con

Laurier, que fué el verdadero ministro del Interior, pero después de aquellas sombras de disentimiento le abandonaba toda la administración para consagrarse á su tarea particular, recluta, equipo, armamento y concentración de los ejércitos.

La *Comisión informadora* sobre los actos de la Defensa nacional creyó desacreditar para siempre á Gambetta ante la opinión, publicando los telegramas cambiados por él con los prefectos, los generales y el gobierno de París, y no hizo más que darle una inmensa popularidad y una influencia duradera. Esos telegramas presentan á Gambetta constantemente fiel al espíritu de la Francia que quería batirse para salvar el honor, y al expresar las esperanzas y los temores hartos fundados del país, indicaban á la capital el único camino que le convenía seguir, señalaban el abismo entreabierto y aconsejaban tanto á Trochu como á Julio Favre la única política que podía impedir ó atenuar la catástrofe.

Si activo fué como ministro del Interior, Gambetta lo fué mucho más como ministro de la Guerra, pues creó tres grandes ejércitos, el 1.º y el 2.º del Loira y el del Este, sin contar otros cuerpos menos importantes. ¿Y cómo fueron recompensados sus esfuerzos? Sus colegas de París reconocieron su «infatigable actividad,» pero le acusaron de comprometerlo todo; y sus adversarios, repitiendo una frase poco feliz de Thiers, le trataron de loco furioso. Loco de dolor, sí, lo estuvo, al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, y furioso contra el enemigo que durante sesenta años había preparado la ruina de Francia. Ciertamente que en la oposición no había sido más clarevidente que sus colegas, demasiado propensos á ver en el ejército nacional una horda de pretorianos; no había adivinado, como Ducrot, como Trochu, como Stoffel, que Prusia se había convertido en una prodigiosa máquina de guerra; pero desde el día en que fué invadido el territorio y fué patente la siniestra verdad, ¡qué cambio el que en él se operó, ¡qué estremecimiento en todo su ser! ¡qué rabia en su corazón! ¡qué indomable voluntad de arrojar á los bárbaros y qué esfuerzos sobrehumanos á fin de ver salva da por la República la Francia puesta en peligro por el imperio!

En la historia de la Delegación no sería justo omitir el papel independiente, pero muy patriótico, del representante de Julio Favre, el Sr. de Chaudordy, diplomático de carrera que supo, si no dar á los agentes de Francia en el extranjero instrucciones y reglas de conducta, oponer al menos á las pretensiones de Bismarck, á sus reiteradas violaciones del derecho de gentes, un lenguaje noble y firme en grado sumo. Las circulares de Chaudordy figurarán entre las protestas más elocuentes que el derecho vencido haya opuesto á la fuerza triunfante.

V

La parte del ejército francés del Rin que no estaba encerrada en Metz había caído prisionera en Sedán. Cuando la Delegación del gobierno de la Defensa nacional se trasladó á Tours, quedaban en Francia 50.000 hombres en los depósitos y cuatro regimientos en Argel. El almirante Fourichón, ministro de Marina y encargado del ministerio de la Guerra, hubiera podido

desempeñar sin grandes deficiencias su doble cargo, si el gobierno se hubiese cuidado de enviarle de París el personal administrativo necesario para la reconstitución de los ejércitos. Pero no se lo envió y el almirante no hubiera podido hacer nada sin el concurso y la competencia del general Lefort, director general de infantería. La organización del 15.º cuerpo, formado al Sur y al Norte de Orleans, y puesto bajo el mando del general La Motterouge, fué obra del general Lefort.

Un decreto de 14 de octubre declaró en estado de sitio todo departamento que se encontrase á menos de 100 kilómetros del enemigo. Un comité militar debía dirigir la defensa, disponer de la guardia nacional y sustraer los abastecimientos al enemigo. Vinieron luego, uno tras otro, el llamamiento á las filas de todos los hombres válidos de veintiuno á cuarenta años; la orden, á cada departamento, de proporcionar al menos una batería por cada 100.000 hombres; la creación de batallones de obreros; la requisición de ingenieros, veedores, contratistas, arquitectos y otros auxiliares.

Durante cerca de cuatro meses se alistó un promedio diario de 5.000 hombres. Estos alistamientos, que fueron una verdadera leva en masa, permitieron organizar 208 batallones de infantería, que formaban un total de 230.000 hombres; 31 regimientos de guardia móvil, de 3.600 hombres cada uno, ó sean, en junto, 116.000; 180.000 hombres de guardia nacional movilizada; 54 regimientos de caballería que sumaban 32.400 hombres, y 30.000 tiradores de cuerpos francos. Es decir, un total de 584.000 hombres, y más de 600.000 si se añade la artillería y los ingenieros.

Con estas levas se organizaron sucesivamente los once cuerpos de ejército numerados desde 15 hasta 26, el ejército de los Vosgos, el primer ejército del Este, el de Lyon, el de Garibaldi y las aglomeraciones del Havre, de Carentán y de Nevers.

Inútil es decir que estas tropas, cuyo núcleo sólido y resistente eran los viejos regimientos, la legión extranjera, la infantería de marina y la marina, resultaron de un valor muy desigual. En los regimientos de marcha, formados de los cuartos batallones del reemplazo de 1870 y de licenciados vueltos á llamar al servicio, reinaba un desorden indescriptible. La guardia móvil era superior, pero carecía de oficiales. Los movilizados eran guardias nacionales de menos de cuarenta años, solteros ó viudos sin hijos, y no resultaron buenos soldados. De los cazadores de cuerpos francos, unos se mostraron bizarros y otros merodeadores. Para armar á aquellos 600.000 hombres se había tenido que echar mano de fusiles de todo calibre y de todo modelo, antes de hacer que las manufacturas de Tulle, Saint-Etienne y Chatellerault se hallasen en condiciones de poder fabricar 100 fusiles cada día.

La Delegación de Tours encontró en provincias, á raíz del 4 de septiembre, 6 baterías de artillería, y creó 238 en cuatro meses, obteniéndose un total de 1.404 piezas.

Los almacenes móviles, establecidos en vagones, en las principales estaciones, prestaron grandes servicios. Gracias á esta disposición, se les pudo sustraer casi siempre con oportunidad al enemigo. Si retrasaron la concentración del ejército del Este, debióse á que Gambetta, lejos de mostrarse demasiado audaz, mostróse de-

masiado tímido en las órdenes dadas á las compañías y no asumió, en nombre del Estado, la dirección de los ferrocarriles, como se lo aconsejaba su hábil auxiliar, el Sr. de Serres, que fué con Freycinet, sin título oficial, uno de sus consejeros más inteligentes y más dignos de confianza.

Los planos y mapas que por descuido se habían dejado en París, tuvieron que hacerse de nuevo y distribuirse á profusión. Esta improvisación, como otras mu-

ascenso, por la substitución de ingenieros civiles á ingenieros militares y de negociantes á los intendentes se formularon sin tenerse en cuenta que poco importaban los reglamentos estrechos de una burocracia rutinaria, cuando se trataba de la salvación y del honor de la patria, y que el empleo de ingenieros civiles tuvo por causa la ausencia ó las deficiencias del elemento militar. En cuanto á la intervención personal de Gambetta y Freycinet en la dirección de los ejércitos, parece que ni



El general Faidherbe

chas, no empezó hasta el 10 de octubre, y es quizá la única que escapó á las censuras dirigidas contra la Delegación y sobre todo contra el *Dictador*. Las más violentas se dirigieron á la innovación de los once campos regionales destinados á la instrucción de los movilizados y establecidos en Saint-Omer, Cherburgo, La Rochela, las Alpinas, Nevers, Burdeos, Clermont, Tolosa, Montpellier, Sathonay y Conlié. Las acusaciones más apasionadas fueron las que se formularon contra los organizadores del ejército de Bretaña y del campo de Conlio, los Sres. Gambetta, Keratry y Carré-Kerisouet, porque los movilizados bretones que contribuyeron á la pérdida de la batalla del Mans, procedían de este campo sin instrucción y sin armas según se decía, sin acordarse de que otros movilizados bretones, procedentes del mismo campo, cumplieron admirablemente con su deber, antes, durante y después de aquella batalla, á las órdenes del capitán de navío Gougard.

Las censuras dirigidas á Gambetta por la violación de las reglas de la jerarquía, por la suspensión de las de

el general Chanzy ni el general Faidherbe tuvieron por qué quejarse de esa intervención, y que los generales Aurelle y Bourbaki hubieran podido desenvolverse también sin traba alguna, si hubiesen concebido y adoptado un plan de campaña que hubieran impuesto á los delegados de Tours y de Burdeos.

La dirección dada al primer ejército del Loira y el fracaso final de este ejército fueron particularmente imputados como un crimen á Gambetta, sin que se tuviese en cuenta la constitución rapidísima de este ejército, nius primeras victorias, que las negociaciones de Thiers en Versalles retrasaron cerca de quince días, ni el prestigio que la heroica resistencia de Chanzy, desde el 1.º hasta el 20 de diciembre, valió á las armas francesas.

Cambriels, en el Este, con algunas compañías de móviles y cuerpos francos; Fiereck, en el Oeste, con algunos batallones; La Motterouge en Beauce y en Solona con el 15.º cuerpo apenas organizado, tal era la situación militar de Francia, á fines de diciembre, cuando el estado mayor general alemán envió á Thann y á